

Tiene una fisonomía repugnante y feroz; es chaparro y mal formado.

—Entonces corre mucho riesgo de no ser muy bien recibido por la preciosa *china*.

En aquel momento, un jóven cuyo traje y maneras anunciaban un caballero, apareció en el camino que seguíamos; iba montado en un magnífico caballo bayo, y parecía deseoso de alcanzarnos. El capitán Castaños conservaba sin duda una estrecha amistad con aquel individuo, porque apenas se encontraron en frente uno del otro, cuando cambiaron un cordial apretón de mano. El nuevo compañero era alto, esbelto, y tenía una figura muy simpática.

—Me alegro que hayas llegado, sobrino; seguiremos juntos nuestro camino, porque el señor es mi amigo, y no debemos tener secretos para él.

El jóven nos saludó con política, hizo dar media vuelta á su caballo, y seguimos juntos nuestro camino hácia Guadalajara. Por corto que fuese nuestro viaje, no debía terminar sin otro encuentro, porque á cosa de una legua de la ciudad fuimos alcanzados por un hombre que tenía toda la apariencia de un pícaro y un rostro patibulario.

—¿Me permite vd., tío? dijo el jóven, deteniéndose para hablar con aquel sospechoso personaje.

—Haz lo que gustes, contestó el capitán.

Algunos momentos despues nos alcanzó el jóven, y guardando silencio, comenzó á trotar á nuestro lado. Dos veces, antes de llegar á Guadalajara, el sobrino del veterano habló en voz baja con algunos hombres que la casualidad conducía sin duda á nuestro encuentro, y cuyas fisonomías y trajes me parecían más que equívocos. Evité, sin embargo, demostrar la menor desconfianza al capitán Castaños, y éramos los mejores amigos del mundo cuando entramos juntos en la ciudad de Guadalajara.

CAPITULO II.

GUADALAJARA.

Guadalajara es la capital del Estado de Jalisco. Colocada en los límites de la *tierra fria* y de la *tierra caliente*, la ciudad participa del aspecto de las dos zonas en que se divide México. Bajo un cielo

siempre puro, rodeada de numerosos jardines, sufre algunas veces la influencia de los vientos helados que soplan de las montañas vecinas. El cerro del Col, especie de volcan apagado, el pico de Tequila, y detras de estas tristes montañas, una cadena de colinas que rodean el rio Toluotlan, tal es el sombrío anfiteatro que presenta por la parte del Norte la ciudad de Guadalajara. Pinos y encinas verdes cubren aquellas alturas. En las orillas del Toluotlan se anuncian otras regiones, y circula un aire templado: es que ya se revela la tierra caliente. A las encinas y los pinos suceden los limoneros y plátanos. A las áridas arenas siguen campos sembrados con cañas de azúcar, regados por numerosos riachuelos. El aspecto interior de Guadalajara es de los mas risueños. Cada casa tiene su *huerta*, y en todos estos jardines se ostenta una lozana vegetacion. Guadalajara no es solo una ciudad pintoresca, es tambien una ciudad manufacturera; es la segunda ciudad de la república, como Lyon es la segunda ciudad de Francia, y presenta con nuestra metrópoli industrial esta otra analogía, que de todos los centros de poblacion de México es el en que las pasiones políticas se agitan con mas fervor.

—Segun lo que me ha referido vd. de sus negocios, me dijo D. Ruperto, en el momento que llegábamos á la vista de la ciudad, debe vd. permanecer aquí una semana por lo menos, aguardando la llegada de sus arrieros. Yo tambien debo pasar aquí algunos dias; por lo mismo, y estando de acuerdo, voy á conducirlo á un *meson* cuyo *huésped* es mi amigo, y con mi recomendacion será vd. atendido perfectamente. No tiene vd. mas que quererlo, para que se añada un banco de madera al ajuar de su cuarto, lo que es un lujo inusitado en este país. Ademas, dentro de dos dias se celebra la fiesta de la Virgen de Zapópam, é iré á buscarlo á vd. á la posada para que la veamos juntos. Entretanto voy á alojarme en casa de un amigo, y siento no poder ofrecerle á vd. mejor hospitalidad que la de una *posada pública*.

Mientras que el capitan me daba estas indicaciones, habiamos llegado á la *gari-ta ó barrera*. Acercóse un oficial á recibirnos, haciéndonos seña de que no pasásemos adelante.

—Perdónenme vdes., señores, nos dijo; pero las instrucciones que tengo, me obligan á someter á vdes. á un interrogatrio.

Deseo saber de dónde vienen vdes. y á dónde van á descender en esta ciudad.

--Hemos dejado mi sobrino y yo esta mañana el llano de Calderon, dijo el capitán señalando á nuestro jóven compañero. Nos desayunamos en uno de los *jacales* del llano en compañía de este señor extranjero.

El capitán recordaba muy bien en aquel momento, la promesa que le habia yo hecho de no contradecirlo en lo que manifestase. Juzgué, sin embargo inútil, y tal vez imprudente, desmentirlo; así es que guardé silencio. En mi calidad de extranjero, inspiré al oficial mexicano una confianza que lo decidí á no reiterar la pregunta. Se contentó con añadir:

--¿Y á qué casa van vdes. á posar?

El veterano murmuró entre dientes un nombre que no escuché; pero el oficial pareció satisfecho con la respuesta, porque despues de saludarnos políticamente, nos hizo señal de que podíamos pasar. Durante este corto interrogatorio, el sobrino de D. Ruperto se habia mantenido impassible. Estando ya en libertad para continuar nuestro camino, picamos con las espuelas, y nuestros caballos nos condujeron al centro de la ciudad. Habia llegado el momento de separarnos, y Casta-

nos me indicó el camino que debia yo seguir para llegar á la *posada*.

--Hasta mañana, me dijo; nunca olvidarémos mi sobrino y yo el servicio que nos ha hecho vd.

Estos agradecimientos me sorprendieron; pero sin preocuparme mucho del sentido que debia darse á las palabras de D. Ruperto, me dirigí inmediatamente al *meson* que se me habia indicado. Despues de una comida bastante frugal, pero muy delicada sin embargo, en comparación de la cena de la víspera, pregunté cuál era el camino que conducia á la *alameda*, y tomé lentamente la dirección de aquel paseo.

La Alameda de Guadalajara, se parecia mucho á la de México, si hubiera paseantes. Casi solo á la sombra de los magníficos fresnos, que forman sns calles, vagaron mis miradas por las cimas lejanas y escarpadas de las cordilleras que dominan la ciudad, y que debia atravesar al dirigirme á Tepic y á San Blas. Confieso que me fastidiaba extraordinariamente, cuando llegó á mis oídos el ruido de voces confusas, que partian de un bosquecillo de jazmines. Separando un poco las ramas que se entrelazaban en frente de mí, reconocí sentados en un banco, á

tres hombres, vestidos como los soldados que habia encontrado la víspera, con el uniforme encarnado de los dragones mexicanos.

—Escucha, dice uno de ellos, ya sabes que soy tu amigo.

—¡Vaya! interrumpió otro dragon, cuya voz me pareció reconocer, yo no creo en la amistad; Albino me ha vuelto incrédulo para siempre. Ese pícaro sabe muy bien que si se dejase cojer por mí, contribuiría á mi ascenso; pues bien, se obstina en evitar mi presencia, siempre que puede. Tarde ó temprano será ahorcado; ¡no valdria mas que fuese un amigo el que le hiciese tal servicio, y no uno de sus enemigos! Moriria al menos con la incertidumbre de que por él llegaba yo al grado de *alférez*. . . ¡Ah! continuó el *cabo* (porque el hombre que hablaba era el propio *cabo* que habia yo encontrado en el puente de Calderon), ¡amigos como ese no valen *tlaco*!

—¡Y á dónde fuiste á buscar á Albino? preguntó uno de los compañeros del *cabo*.

—A la *Barranca del Salto*, en primer lugar; despues á Zapotlanejo; pero acababa de dejar este último punto cuando yo llegué.

—Ya lo creo, me han dicho que lo vieron entrar á Guadalajara esta mañana.

—¿De veras? exclamó el *cabo* de dragones; entonces voy corriendo á echarle en cara su mala conducta, porque sé en dónde puedo encontrarlo.

Diciendo estas palabras, el soldado se levantó con la celeridad de un jugador que espera acertar algunos albures si llega á tiempo. A pocos instantes se hallaba al extremo de la calle y lo perdieron de vista sus camaradas.

—Nuestro *cabo* es un buen *galgo*, dijo despues de algunos momentos de silencio uno de los dragones, tan repentinamente abandonados por el *cabo*. ¡Y pensar que no seria necesario mas que presentar al gobernador la cabeza de ese bribon de Albino, para tener su charretera de oficial. . . .

En aquel instante creí distinguir, á la extremidad de la calle, á mi compañero de viaje, á D. Ruperto, y renuncié al gusto de escuchar aquella conversacion, á pesar de los curiosos detalles que ofrecia sobre las costumbres militares de México. Era, en efecto, D. Ruperto, el que llegaba á mi encuentro. Habia ido al meson, y el huésped le aseguró que debia yo llamarle en la Alameda.

--Buscaba á vd., me dijo el veterano; porque mi sobrino se ve obligado, por un negocio urgente, á salir de Guadalajara esta misma noche; habria sentido mucho marchar sin haber tenido el gusto de ofrecer á vd. una cena en agradecimiento del servicio que le ha hecho vd., y como indemnizacion de la polla cruda que me ví en la forzosa necesidad de dejársela á vd. comer solo en Calderon.

--¿Accidentalmente les he hecho á vdes. un servicio?

--A mi sobrino mas grande que á mí.

--¿Y no puede vd. decirme qué clase de servicio?

--Mi sobrino le dará á vd. sobre el particular mas pormenores esta noche. Porque al fin es secreto suyo y no mio. Así, pues, es dueño de descubrirlo ó reservarlo.

Todas estas palabras me las dijo en un tono que aumentaba singularmente mi curiosidad. ¿Quién era aquel jóven, que sin conocerme, me hacia cómplice de una mentira, cuyo objeto en vano trataba de comprender? ¿Quién era aquel veterano de las guerras de independecia, que me demostraba con aquella complicidad un reconocimiento tan grande? Comenzaba á arrepentirme de haber aceptado por compañeros de camino á aquellos perso-

najes tan sospechosos; pero ya no era tiempo de obrar de otro modo, y Ruperto Castaños me trataba como á un antiguo amigo. Habíame tomado familiarmente del brazo, y entre la duda y la curiosidad me dejé conducir fuera de la Alameda, siguiendo el camino de la casa en donde debíamos cenar. Atravesé en compañía del antiguo *guerrillero* una gran parte de la ciudad. Las sombras de la noche sucedian al crepúsculo, y cuando llegamos á la plaza de Armas, la luna brillaba en un cielo admirablemente puro y trasparente. La inmensa plaza, de la manera que se hallaba alumbrada, parecia un lago de plata, en el cual dibujaban sombras fantásticas los grandes fresnos. Algunas tímidas parejas cuchuchaban á la sombra de los árboles y al ruido de las pláticas amorosas, subia al cielo mezclado con el de un chorro de agua, que en forma de columna luminosa, brotaba de la fuente del centro de la plaza. Los perfumes de los jardines embalsamaban el aire. Habria pasado voluntariamente aquella noche serena paseándome por la ciudad, contento de observar á mi gusto aquella vida nocturna de las ciudades españolas del Nuevo Mundo, tan llena de encanto en sus romanescos misterios; pero mi com-

pañero se había empeñado en no faltar á la hora de la cena, y en lugar de detenernos debajo de los hermosos fresnos de la plaza de Armas apresuramos el paso. Poco despues llegamos delante de una casa baja, como las de la mayor parte de la ciudad, que ofrecia un aspecto risueño. Desde el vestíbulo de la puerta cochera, que se abrió á la voz del capitán, penetramos á un patio cuadrado, rodeado de corredores. Una hilera de granados sombreaba cada uno de ellos, y las pilastras desaparecian casi bajo una tupida y verde cortina que formaban las plantas enredaderas. Desde allí, no habria tenido necesidad de que me guiase D. Ruperto para dirigirme á la sala del festin; un ruido de voces y los acordes de una guitarra me indicaban claramente el camino.

La sala en que entramos no estaba precisamente iluminada á *giorno*, sin embargo, no se notaba la escasez de luz que en la mayor parte de las casas mexicanas. Reconocí entre los asistentes á los personajes de rostro patibular, que habian hablado aquella misma mañana en el camino de Guadalajara con el sobrino del capitán Castaños. Tres mujeres, mas adornadas y provocantes que hermosas, de las que por cortesía se nombran de *virtud*,

sospechosa, se encontraban mezcladas con los convidados. Excepto las figuras repugnantes de los amigos del joven sobrino del capitán, la variedad y el lujo casi oriental de los trajes ofrecian una de las vistas mas pintorescas. Sombreros de fieltro adornados con galon de oro, y grandes espadas, con puños brillantes, colgados en las paredes, completaban la decoracion de la sala. El sobrino del capitán, que tenia una guitarra, la entregó á una de las mujeres y se adelantó á nuestro encuentro.

—Sea vd. bien venido, me dijo, y recibia mis agradecimientos por haber tenido la bondad de aceptar mi invitacion. Si hubiese tenido tiempo, habria tenido el placer de ir á convidar á vd. personalmente.

Apenas centesté á este cumplimento, que se me dirigió con mucha política, cuando llegaron á decirnos que la mesa estaba servida. La nacion mexicana es tan sobria, que puede decirse que la gastronomía se halla allí en la infancia. Quedé, pues, muy sorprendido del aspecto que ofrecia la mesa, en la que se ostentaba una numerosa y rica bajilla de plata. Dos floreros, llenos de flores artificiales,

excitaron la admiración de la concurrencia.

—Para hacer bien las cosas no hay otro como D. Faustino, dijo una de las mujeres que se llamaba la *Tapatía*, lanzando al joven sobrino de D. Ruperto una mirada con sus hermosos ojos negros, mas brillantes que los adornos de acero del abanico con que se refrescaba.

—Es un recuerdo del último baile del gobernador, á que asistí, contestó D. Faustino. He tratado de imitar, en cuanto me ha sido posible, la última cena que nos dió su excelencia.

Los manjares, en efecto, eran delicados, y con gran sorpresa mia atestiguaban que la cocina mexicana seguía las tradiciones de la escuela francesa.

—¿Qué le parece á vd. la cena? me preguntó D. Ruperto, á cuyo lado me habian colocado; esto vale mas que la polla que tuve la descortesía de dejar se comiese vd. solo en Calderon.

—Con semejantes salsas, respondí al capitán, sería uno capaz de comerse una polla de cien años.

El cocinero, con vestido negro y corbata blanca, que iba y venia por la sala, se sonrió al oír mis elogios. Comprendió,

sin duda, que yo era el único extranjero entre los convidados.

—Es vd. demasiado bondadoso, me dijo en frances al oído. ¿Sabe vd., por ventura, en qué clase de reunión se encuentra?

—No, contesté; pero me importa muy poco.

El cocinero se alejó y fué á otra parte á cumplir con sus obligaciones. En el acto reconocí en él á un compatriota, y el buen orden de la cena, confiada á su inteligencia, habria bastado para revelarme su origen parisiense. En cuanto al sentido misterioso de la pregunta que me habia dirigido, no me preocupaba absolutamente; me contenté con admirar el contraste que ofrecian al rededor de una mesa servida á la francesa, aquellos rudos individuos, vestidos con ricos trajes, y que comian con los dedos de la mano derecha, teniendo en la izquierda el inútil tenedor.

Todos los usos mexicanos se habian trastornado aquella noche; se bebieron con abundancia vinos exquisitos, y cada individuo lo hizo en su vaso: doble trastorno de las costumbres del país, que consisten en no beber mas que agua despues de la comida, y en un vaso comun: en los postres se sirvió vino de Champagne. Concluía la cena, cuando á una seña del joven

sobrino del capitán, llevaron una canasta de juncos de Guayaquil, con coronas formadas de claveles y jazmines.

—¿También son imitación del baile del gobernador estas coronas? preguntó una mujer á D. Faustino.

—Sí, *linda mia*, contesté el joven; pero ha habido mejora en la imitación. Su excelencia, al fin de la cena, mandó traer enormes canastos llenos de flores, para que las jóvenes, antes de comenzar el baile, pudieran adornarse con ramilletes frescos. Yo creí que vdes. me agradecerían el que les presentase estas guirnaldas rojas y blancas, para que lucieran en sus negros cabellos: en lugar de un ramillete, ofrezco una corona á estas preciosas niñas, que no desairarán mi vihuela.

Pronunciando estas palabras, D. Faustino comenzó á templar el instrumento que iba á servir de orquesta: las tres jóvenes aceptaron con mucho gusto las coronas, cuyas brillantes flores armonizaban maravillosamente con sus negras cabellos; apretaron á sus esbeltos talles unos cinturones de crespon de China bordados de oro; las cortas enaguas de seda ondearon en los cuerpos de las bailarinas, quienes con la cabeza erguida, el cuerpo inclinado y las castañetas en sus manos,

esperaban las primeras notas del músico. Lenta al principio como la música, la danza no tardó en animarse, y poco despues las blancas flores de las coronas cayeron una por una como las perlas de un aromático rocío. El ruido precipitado de las castañetas, los penetrantes perfumes de las flores deshojadas y las voluptuosas miradas, no tardaron en elevar hasta el delirio el entusiasmo de los espectadores, ya exaltados con los vinos de Francia, y la fiesta parecia que iba á degenerar en una orgía, cuando un criado entró anunciando, que un dragon á quien esperaban, segun decia, deseaba entrar.

—¡Caramba! ya lo creo que lo esperamos, exclamó D. Faustino arrojando el instrumento; es el intermedio del espectáculo. Que entre, Joaquín.

El criado obedeció, y pocos momentos despues, el *cabo* que habia yo visto en el llano de Calderon y bajo los árboles de la Alameda, penetró en la sala mirando con asombro á su derredor.

—Dispénsenme vdes., dijo, creo que me he engañado.

—¿A quién busca vd? preguntó con aspereza uno de los convidados que tenia una larga barba negra, una tez morena, ojos hundidos y cavernosos, y que pare-

cia estar al corriente de la comedia preparada por D. Faustino.

—Mi compadre San Vicente me mandó decir que me esperaba aquí para un negocio urgente.

—¡Váyase vd. al diablo con su compadre! exclamó el hombre de la barba negra.

—Lo cierto del caso es que la persona que busco, no está aquí, añadió el *cabo*, dispuesto á retirarse.

—¿Quién sabe? exclamó D. Faustino, que en aquel momento volvió las espaldas al soldado.

—¿Qué! dijo éste, como si reconociese la voz del que le hablaba: ¿qué oigo?

—No la voz del compadre, sino la del amigo, en cuya casa lo busca vd., contestó D. Faustino, volviendo repentinamente el rostro hácia el *cabo* de dragones.

Este, parece que vió repentinamente la cabeza de Medusa, según la sorpresa y el espanto que expresaron sus ojos dilatados y su boca entreabierta.

—¡*Virgen Santa!* ¡no es posible! exclamó buscando la puerta con los ojos. Voy al instante á buscar á mi compadre.

El *cabo*, en efecto, sentía los mayores deseos de marcharse; pero ya dos hombres guardaban la única salida, por la

cual podía escaparse. Al ver la puerta defendida de aquella manera, el *cabo* se puso pálido.

—¡Váya! pobre José María, dijo D. Faustino con acento burlon; no estaba yo esta mañana ni en la *Barranca* del Salto, ni en el pueblo de Zapotlanejo, donde me buscaste con tanta eficacia, así es que tu charretera de alférez no llegará tan pronto como deseabas.

¡Aquel jóven de figura simpática, de modales finos y corteses, era el jefe de los ladrones, que el *cabo* quería descuartizar? D. Ruperto me habia dicho sin embargo, que Albino, el hijo de su antiguo camarada, tenia una fisonomía repugnante y feroz, que era feo y mal formado. Así, pues, me habia ocultado la verdad. Lo que me parecia muy claro, sin embargo, era que uno de los compañeros de Albino habia atraído al dragon á una red, prometiéndole entregarle á su jefe, á quien el *cabo* no esperaba encontrar tan bien defendido.

—Mi querido amigo, dijo el dragon, con la mayor sangre fría; ¡cuánto me alegro de volver á verte; y espero que no creeras la infamia que me atribuyen! Yo estaba inquieto.... temia que te hubiese sucedido alguna desgracia.... ¡Habria sido

in pesar para mí añadió con acento conmovido.

—Ya lo creo, dijo D. Faustino; soy para tí una alhaja de tanto valor.... Pero tengo que comunicarte una noticia muy triste, José María.

—¿Supongo que no querrás asesinarme? preguntó el *cabo*, que se puso extremadamente pálido.

—¿Para qué?

—¿*Canelo!* me contemplo el hombre mas feliz, y puesto que gozas de buena salud, me alegro mucho. Adios.

—Espera; te he dicho que tenia que anunciarte una mala noticia.

—Habla, exclamó el *cabo*, ya te escucho.

—Pues bien, he hecho la paz esta mañana con el gobernador. Le he dado una excelente prueba, de que no tuve participo en el ataque de que fué víctima. Le he justificado, que el día en que lo atacaron en las orillas de Guadalajara, me hallaba yo despojando á dos ingleses, que se dirigian con un rico cargamento á la hacienda de Frias, á veintisiete leguas de aquí. El gobernador se persuadió que me habían calumniado, y hemos quedado los mejores amigos.

—Ya lo creo, dijo el *cabo* sonriéndose.

—Entonces, mi querido José María, añadió el bandido, ya conocerás que es necesario que renuncies á la charretera de sub-teniente.

—No me importa; no contaba con ella, exclamó el soldado con indignacion.

—Lo mejor que podias hacer en estas tristes circunstancias, prosiguió Albino, sería unirte con nosotros.

—No digo que no, contestó el *cabo*. Si se presenta algun negocio, tomaré parte en él, ya hablaremos de esto; pero supuesto que has reconocido mi inocencia, como se ha hecho justicia á la tuya, ¿no podrias mandar que me diesen algo que beber?

Albino invitó á su amigo con la mayor magnanimidad á que se sentase entre nosotros. Le bastaba la venganza que habia tomado del *cabo*.

Estando muy avanzada la noche, deseaba, cómo debe figurarse el lector, despedirme del pretendido sobrino de D. Ruperto.

—Ya vd. ved, me dijo, que si no me hubiera servido de fiador á mi entrada en esta ciudad, el oficial que nos interrogaba, no habria dejado de reconocerme. Me hubiera conducido á la casa del go-

bernadór en lugar de ir por mi voluntad; lo cual es muy diferente, porque ciertos rasgos audaces intimidan siempre, y yo habria tenido mil molestias que su silencio me ha evitado; porque, en efecto, nadie podia creer que un extranjero fuese amigo de un jefe de *salteadores*.

Comprendí perfectamente la clase de servicio que habia hecho al bandido; pero no por eso dejaba de conservar algun rencor contra el capitan Castaños, y mientras me dirigia en su compañía á mi domicilio, creí que no debia ocultarle mi descontento. El capitan se disculpó lo mejor que le fué posible, alegando que él mismo se habia expuesto por impedir que el hijo de su antiguo compañero de armas fuese víctima de la ambicion del *cabo*. Si me habia abandonado la noche anterior tan repentinamente, fué para advertir al bandido, añadiendo que en efecto habia llegado antes que los dragones á la *Barranca* del Salto. Albino, prevenido por Castaños, habia creído prudente buscar en la misma ciudad de Guadalupe una seguridad que no tenia en el campo. Mi silencio habia facilitado el logro de aquel plan atrevido.

El padre de ese salteador me ha salvado la vida mas de una vez, añadió el ca-

pitan. El nombre del guerrillero Conde, es aún célebre entre nosotros los veteranos. Yo prometí velar sobre su hijo, y voy á decirle á vd. con qué motivo. Al dia siguiente de la batalla de Calderon, tuvimos que sostener un sitio yo y mis soldados, en la *hacienda* de la *Barranca* contra un destacamento de aquellos terribles *tamarindos*, que parecian otras tantas bestias feroces á las órdenes de Calleja (1). Careciendo de víveres, reducidos á las mas duras extremidades, montamos á caballo para abrirnos un camino en medio de los sitiadores. Yo tenia al hijo de Albino entre mis brazos; él llevaba á su mujer á la grupa de su caballo. Parece que veo al antiguo contrabandista haciendo un remolino en medio de los *tamarindos*, con su larga espada cubierta de sangre. Repentinamente cayó su caballo, tanto por el doble peso, cuanto por una herida recibida en las manos. Solo Albino se levantó; la madre no tuvo tiempo mas que para lanzarme una mirada suplicante, como rogándome que velase

[1] Era un cuerpo de infantería al que nombraban así por el color de su uniforme, y que el general español habia compuesto de los hombres mas robustos de la provincia de San Luis Potosí.—N. del A.

sobre su hijo, y un minuto despues habia cesado de existir. El contrabandista se colocó de un brinco en la grupa de mi caballo, y logramos abrirnos paso en medio de dos filas de enemigos. Repentinamente oimos resonar á nuestra retaguardia el galope de un caballo: era uno de los feroces *tamarindos*, que sirviéndose de la cabalgadura de uno de nuestros camaradas, nos perseguia tenazmente. Di media vuelta haciéndole frente; al mismo tiempo Albino arrojó un rugido de rabia. De la cabeza de la montura pendia una cabeza ensangrentada, bella aún, á pesar de la muerte: era la de la mujer del contrabandista: Albino se dejó caer al suelo. Cerca del pnesto en que nos encontrábammos habia un *mezquite*: á una de sus ramas até por el vestido al niño que llevaba, al jóven que acaba vd. de ver, y ataqué al *tamarindo*. Algunos momentos despues galopábammos Albino y yo, lado á lado; yo conduciendo al niño entre mis brazos, él llevando dos cabezas en la mano, la de la víctima y la del asesino. ¡Y cree vd., añadió el capitán con visible emocion, que se olvidan nunca semejantes cosas! Por salvar la vida de ese jóven, á quien he protegido desde la cuna, seria capaz de arriesgar mi salud eterna. ¡Habria yo,

despues, retrocedido ante el temor de hacer desempeñar á vd. un papel, que de ninguna manera podia comprometerlo? Por otra parte, este no es mas que un incidente de mi larga vida de aventuras, y debo hacerle á vd. una sincera confesion. Ya le he hablado á vd. de la fiesta de Zapopam, que es mañana, y le he prometido á vd. ser su guía. Puesto que le agradan á vd. los recuerdos de nuestras guerras civiles, yo tengo muchas cosas que referirle.

Me guardé bien de rehusar el ofrecimiento de D. Ruperto, y nos separamos muy buenos amigos.

CAPITULO III.

ALBINO EL CONTRABANDISTA.

Sin duda el capitán tenia mucho empeño en cultivar la amistad formada entre nosotros por la casualidad, porque á la mañana siguiente, dia de la fiesta de Zapopam, entró á caballo á cosa de las diez de la mañana en el patio del *meson* á donde yo estaba posado. Mi caballo estaba